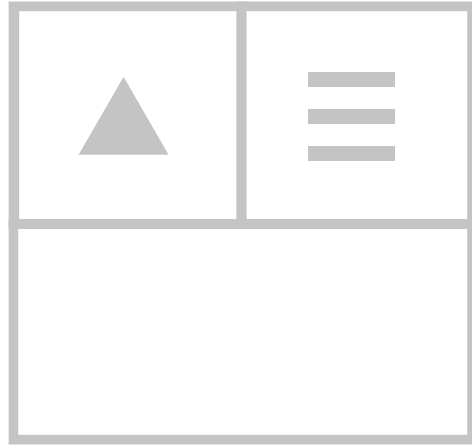




LA POLLERA
EDICIONES

CHILEAN
DELEGATION
20-24 OCTOBER





INTRODUCCIÓN



Para definir Chile, incluso desde su origen, hay muchas voces. Algunas dicen que su nombre viene del ave trile (*Xanthornus cayenensis*) que al pasar canta "thrile", lo que luego derivó a Chile. Otros aseguran que nace del vocablo quechua "chiri", que significa frío o nieve, como la alta cordillera de los Andes que lo cruza de norte a sur, o como los glaciares cristalinos. Sin embargo la definición más aceptada vendría de la palabra aymara "chilli" que tiene dos significados: "el confín del mundo" y "el lugar más hondo de la tierra". Desde el fondo, desde lo más hondo tanto del alma como del mundo es que la literatura chilena se ha posicionado como un referente latinoamericano, partiendo por la poesía de los nóbeles Gabriela Mistral y Pablo Neruda, y siguiendo por los cambios sociales que hemos vivido las últimas décadas que han nutrido la inspiración.

Porque sea cual fuese el momento cronológico, Chile siempre ha escrito su propia historia. Ayer y hoy lo hace desde lo editorial con valor estético, simbólico, cultural o político y mañana lo hará terminando de escribir una nueva Constitución. Una Constitución en que hay consenso en consagrar el respeto al medio ambiente, de sus tradiciones originarias y patrimoniales, y la participación ciudadana desde la infinita diversidad de sus habitantes. Por esto es que la literatura es tan partícipe de este proceso, porque son las editoriales chilenas las que vienen escribiendo hace tiempo sobre estas temáticas y redefiniendo, desde la palabra, el nuevo Chile.

La literatura en lo más hondo del mundo ha experimentado una explosión de tintas escritoras e ilustradoras que llenan al complejo enjambre de las editoriales. Según la agencia de ISBN Chile y la Cámara Chilena del Libro, entre el 2000 y 2012 se inscribieron más de 50 mil libros en el país, de los que 13 mil corresponden a la definición de libro entregada por la Unesco. Y no se detienen ahí. Entre 2015 y 2020 se registraron más de 45 mil libros y 979 agentes editoriales. En 2020 nuestro país al sur de América celebró un incremento del 27.4% en la publicación de libros respecto al año anterior.

En este ecosistema, además, la convivencia del libro digital y de papel es formidable. Mientras las editoriales universitarias y académicas operan con éxito el libro en digital, también están las que mezclan papel y digital instalando temas especializados con un diseño atrevido y aquellas que entregan diversión, comprensión y aventuras a los niños y niñas en formatos de materiales innovadores que privilegian la experiencia de la lectura en físico. Y es que las 10 editoriales que han llegado a la Feria del Libro de Frankfurt, a la luz de la coordinación entre el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través del Consejo Nacional del Libro y la Lectura y el Ministerio de Relaciones Exteriores a través de ProChile, son la punta del iceberg de una talentosa industria literaria cimentada en Chile, que hoy busca la internacionalización de sus catálogos.



ENTREVISTA



ENTREVISTA

LA POLLERA EDICIONES

NICOLÁS LEYTON / SIMÓN ERGAS / DANIEL CAMPUSANO

www.lapollera.cl / [@lapolleraediciones](https://www.instagram.com/lapolleraediciones)

Rescatar y catar autores es la tarea que se ha propuesto esta editorial, que desde 2007 realiza un trabajo con vocación latinoamericana. Para hablar de ella y los proyectos futuros conversamos con Nicolás Leyton, licenciado en literatura y lingüística latinoamericana, Magíster en periodismo escrito de la Pontificia Universidad Católica (PUC), co fundador y escritor en La Pollera.



LA POLLERA

ENTREVISTA
LA POLLERA EDICIONES

Quisiera hablar del sello de La Pollera, de su narrativa y rescate patrimonial, que son parte fundamental de su editorial desde los inicios. ¿Cómo ha sido el recibimiento que han tenido por parte del público?

Nosotros efectivamente partimos haciendo rescate patrimonial, o lo que se podría entender por rescate patrimonial, porque es un nombre bien antojadizo al final, pero en el fondo es: tomar obras de autores reconocidos y volver a ponerlas a disposición de la gente. De hecho fue un accidente con una obra de un escritor que se llamaba José Edwards, prácticamente no había nada de él publicado, lo que nos permitió meternos en este camino y derechamente empezar a hacer libros. Lo bueno de eso fue que tuvimos inmediatamente súper buena recepción por parte de los libreros y por parte de la prensa.

Una vez que ese camino ya avanzó abrimos la línea contemporánea, que es un poco más difícil, porque a los autores nadie los conoce. No es lo mismo publicar a Gabriela Mistral, a Juan Emar, que publicar a Marcelo Vera, un argentino por el que apostamos en Chile. El catálogo también se fue abriendo hacia otros países y es un poco el lado más vocacional, se podría decir. De hacer de la editorial un espacio consolidado, profesional, organizado y todo, pero además un espacio para las voces nuevas de la narrativa contemporánea, de la novela y del cuento, en particular. Latinoamericano también. Obvio que uno trabaja más con chilenos por estar acá, pero de a poco hemos traído autores de latinoamérica, como una salvadoreña, una cubana y tres argentinos. Estamos ahí de a poco avanzando.

La editorial nació en 2010 ¿Cuáles han sido los principales cambios que han experimentado dentro de ella, en sintonía con los cambios que ha vivido la sociedad?

Siendo estrictos, la editorial partió el 2007 como un proyecto universitario de Simón, mi socio, y yo, somos una revista cultural no especializada. Pero empezamos formalmente en 2010, la información es correcta. Ese año decidimos profesionalizar esta revista y tratar de hacerla en serio y conseguir auspicios, y nos fue pésimo. Luego tuvimos la posibilidad de hacer un libro y nos tiramos a la piscina. Postulamos a un Fondo del libro, y nos lo adjudicamos. Hicimos ese proyecto, pero nos mantuvimos trabajando para hacer más libros, y ahí empezó el camino de hacerlos.

Respecto a cómo ha acompañado esto la evolución de la sociedad, se me ocurren dos cosas. Por un lado, está lo específico de la industria del libro. Cuando nosotros empezamos se hablaba mucho del libro digital versus el libro en papel, nos decían que no era una muy buena idea dedicarse a hacer libros, pero de a poquitito seguimos empujando por nuestro lado, un carro pequeño en este gran mundo, pero seguimos empujando. De a poco la tendencia se ha revertido. Hoy en día, claro, se hacen más libros en papel que libros digitales, y de alguna forma se ha ido consolidando esto, la revalorización del libro como un objeto cuidado, y culturalmente importante.

ENTREVISTA
LA POLLERA EDICIONES

Y ahora con respecto a los cambios sociales, accidentalmente desde octubre de 2019 decidimos dedicarnos a tiempo completo a la editorial. Tomamos una decisión justo antes de la revuelta, lo que nos permitió darnos cuenta de que como editorial podíamos hacer también un espacio para contribuir al pensamiento crítico en torno a este tipo de temas que están ocurriendo, y ahí abrimos líneas de divulgación, que era algo que nosotros antes no hacíamos, y dejamos también la literatura para empezar a publicar, por ejemplo "La hoja en blanco", que es un libro sobre la Constitución, los límites de la fuerza sobre los derechos humanos; publicamos ahora "Un cuerpo equivocado" de la Constanza Valdés, sobre la identidad trans y los derechos trans.

Y así ha sido, de a poco, buscando. Vamos a experimentar ahora sobre ecología, sobre los océanos. En ese sentido, ahora que la editorial existe, funciona y tiene momentum, como que sigue avanzando hacia adelante y con fuerza, hemos aprovechado esa fuerza para dirigirla a temas que creemos que son relevantes de informar a la sociedad.

Ahora hablemos de la mirada hacia el futuro. Ya están distribuyendo sus libros en Chile y Argentina ¿Cuáles son los siguientes pasos? ¿A qué nuevos territorios les gustaría llevar sus obras?

Nos hemos ido dando cuenta que La Pollera tiene una vocación latinoamericana, si se pudiera decir de alguna manera. Hoy en día efectivamente en Argentina tenemos distribución completa y en Uruguay

también, distribución formal y funcionando en ambos países. En México y Uruguay está siendo distribuida por la misma empresa. A algunas librerías de España vamos a llegar pronto. Y en paralelo, a los países a los que no llegamos con ellos, estamos trabajando para lograrlo, como lo es Colombia y Perú. Cuando hablo de estar trabajando en eso de alguna manera implica varios niveles, que no se entienda que solo estoy trabajando para el negocio allá, sino que también tiene que ver con buscar autores que nos parezcan atractivos e interesantes en esos países, tratar de llegar no solo con los libros, que es la pega que me resuelve la distribuidora, sino también de llegar con comunicaciones, con prensa.

En este momento en Argentina estamos dando ese siguiente paso que es contratar gestión de prensa para ciertos libros específicos, estamos empezando a imprimir libros allá, para poder tener mejor precio y una mejor colocación, estamos viendo si es que vamos a trabajar redes sociales allá también de manera autónoma. Íbamos a abrir un e-commerce, una página web pero finalmente optamos por no hacerlo por la forma en la que funcionaban allá.

Pero en el fondo en todos esos países las barreras son, como en Latinoamérica, meramente geográficas y de transportar el libro. Como que los públicos son súper afines, entonces a nosotros nos interesa poder llegar a esos distintos públicos en estos distintos países. Nuestro catálogo es bastante transversal en ese sentido.



CHILEAN
DELEGATION
20-24 OCTOBER

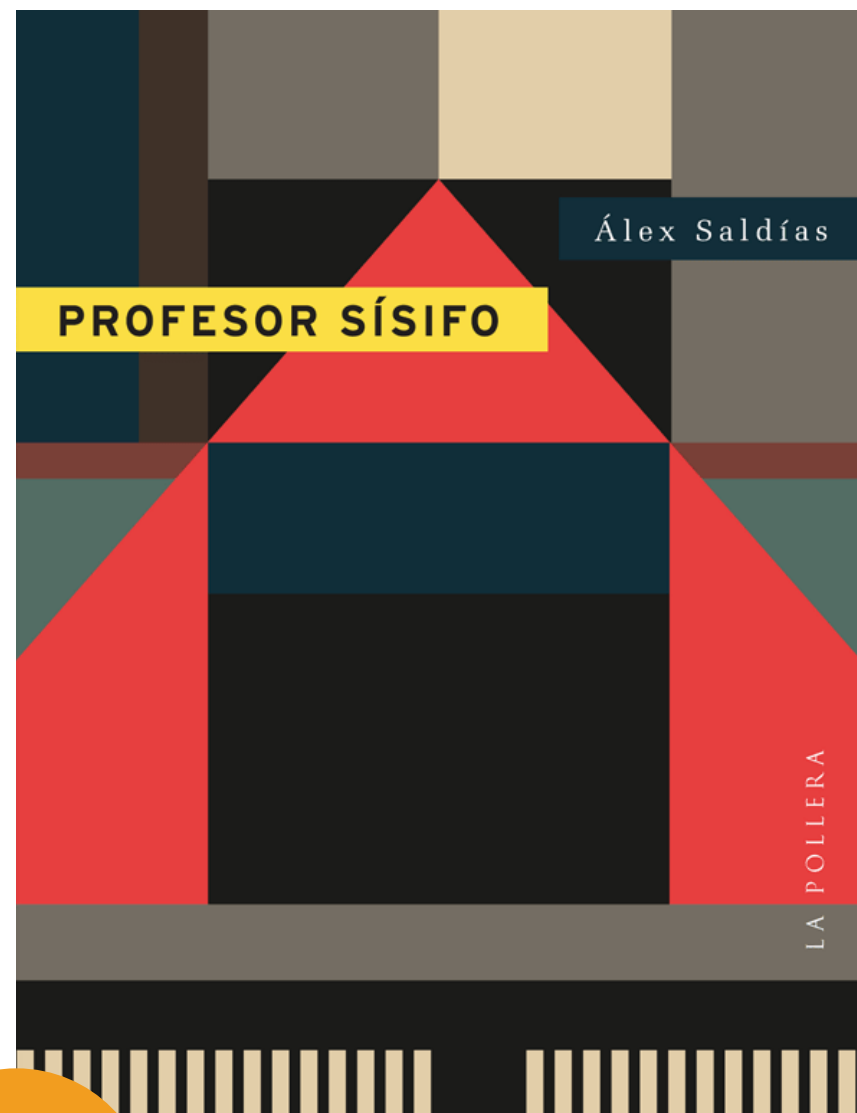


LA POLLERA EDICIONES

Narrativa y rescate patrimonial. Estas son partes fundamentales del sello editorial La Pollera, un espacio de profesionales, donde se catan y rescatan autores reconocidos avivando la voz de un pasado escrito; como también se hallan las voces necesarias para dialogar en el presente Latinoamericano por medio del libro. Desde el 2007 esta casa de lectura está involucrada con el libro como objeto, uno capaz de sostener el paso del tiempo y andar de la historia. Desde sus inicios han avanzado y cambiado en este transitar que es el camino del quehacer del libro. Tarea difícil, sobre todo cuando el motor de esta tarea es la búsqueda de la palabra contada por sus protagonistas.



ISBN 978-956-6087-15-1



PROFESOR SÍSIFO

Autoría. Álex Saldías

115 páginas / Novela / Año 2020

Esta novela es el segundo libro de Alex Saldías, una nueva voz de la narrativa chilena, que nos presenta a un profesor recién egresado iniciando un patético y revelador camino al enfrentarse por primera vez a alumnos sin interés por aprender, habitando dentro de un sistema que a su vez no muestra intención por educarlos. El maestro tiene todas las ganas de cargar con las piedras que significa entregar educación en tal contexto, sin embargo la montaña a la que se enfrenta es mucho mayor de lo que pensaba.

ISBN 978-956-9203-92-3



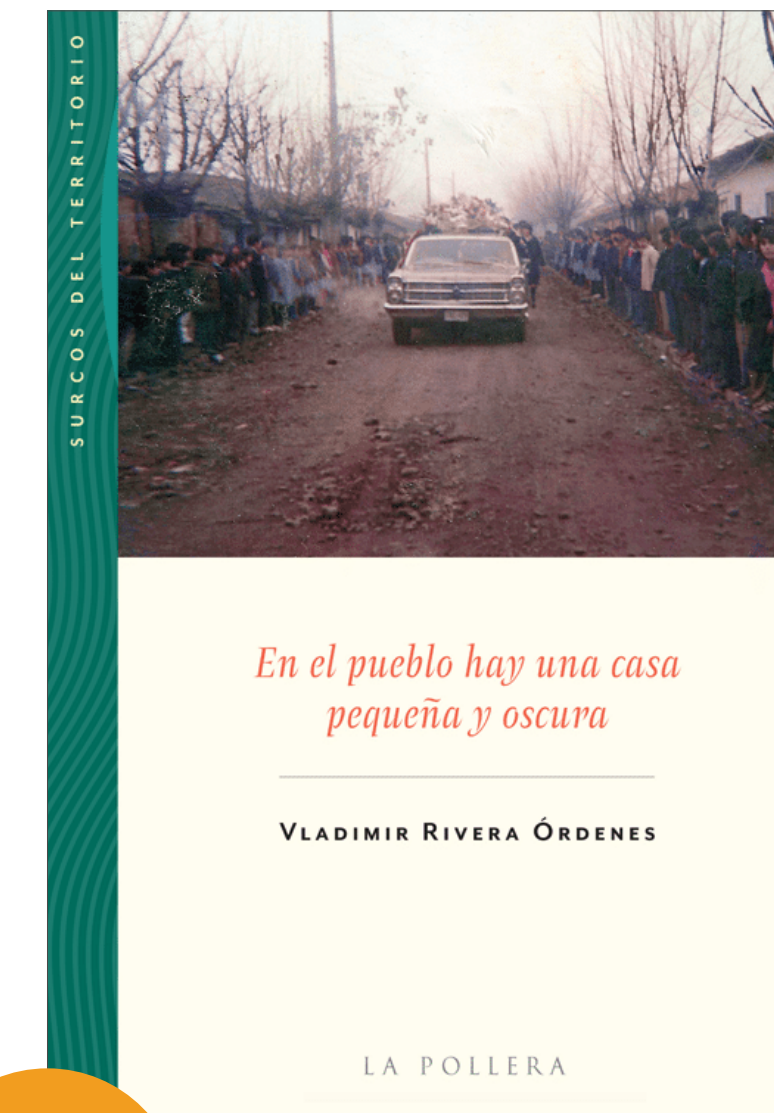
SOLO

Autoría. Marcelo Vera

93 páginas / Novela / Año 2020

Publicado el 2020, este libro llevó a su autor a ser seleccionado en la Hot List de Frankfurt del mismo año. Páginas con una temática transversal, narradas por un autor que se lee en toda Latinoamérica. Estamos frente a la representación de un relato que une a la humanidad, escrito en forma de novela que nos narra sobre la pérdida desde un tono luminoso, necesario en el presente. Nos enseña el duelo desde lo más íntimo.

ISBN 978-956-6087-24-3



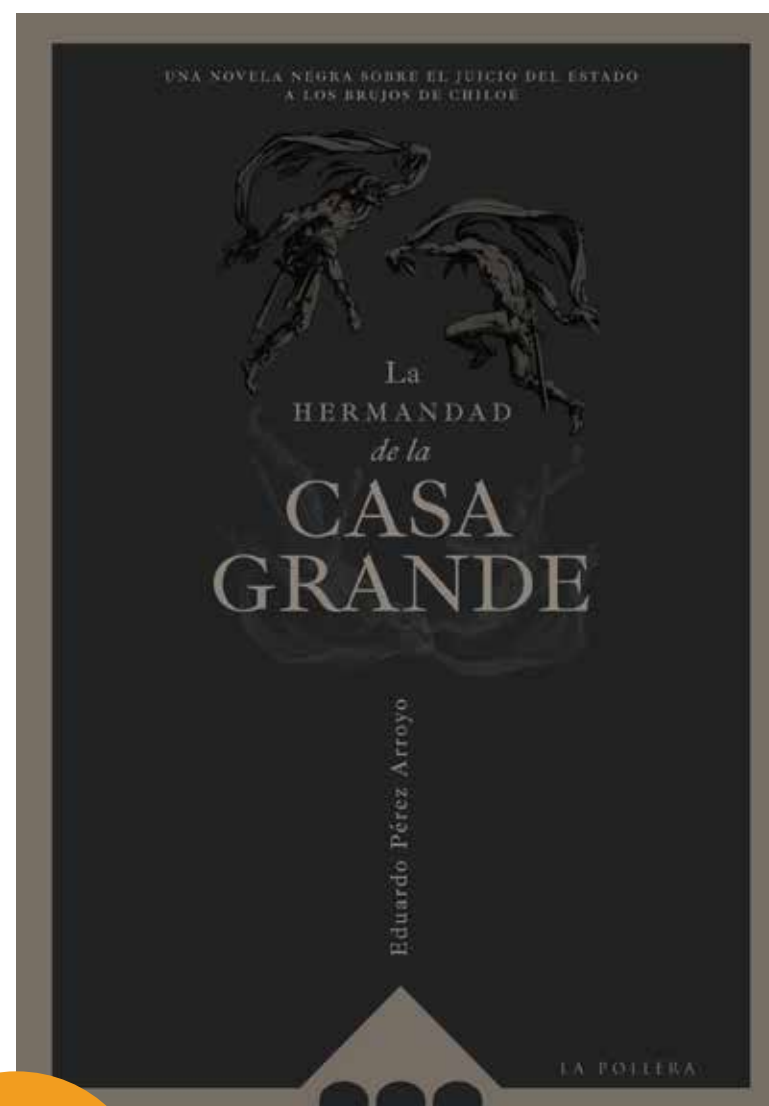
EN EL PUEBLO HAY UNA CASA PEQUEÑA Y OSCURA

Autoría. Vladimir Rivera Órdenes

162 páginas / Crónica / Año 2021

En forma de crónicas que bailan con las letras, nos encontramos con quien está narrando desde lo cotidiano. Desde una casa pequeña y oscura en la comuna de Parral conocemos los conflictos sociales, la política, los territorios a través de la mezcla de biografías que presentan un cruce elocuente de lo que reconocemos como ficción y lo que conocemos como no-ficción.

ISBN 978-956-6087-43-4

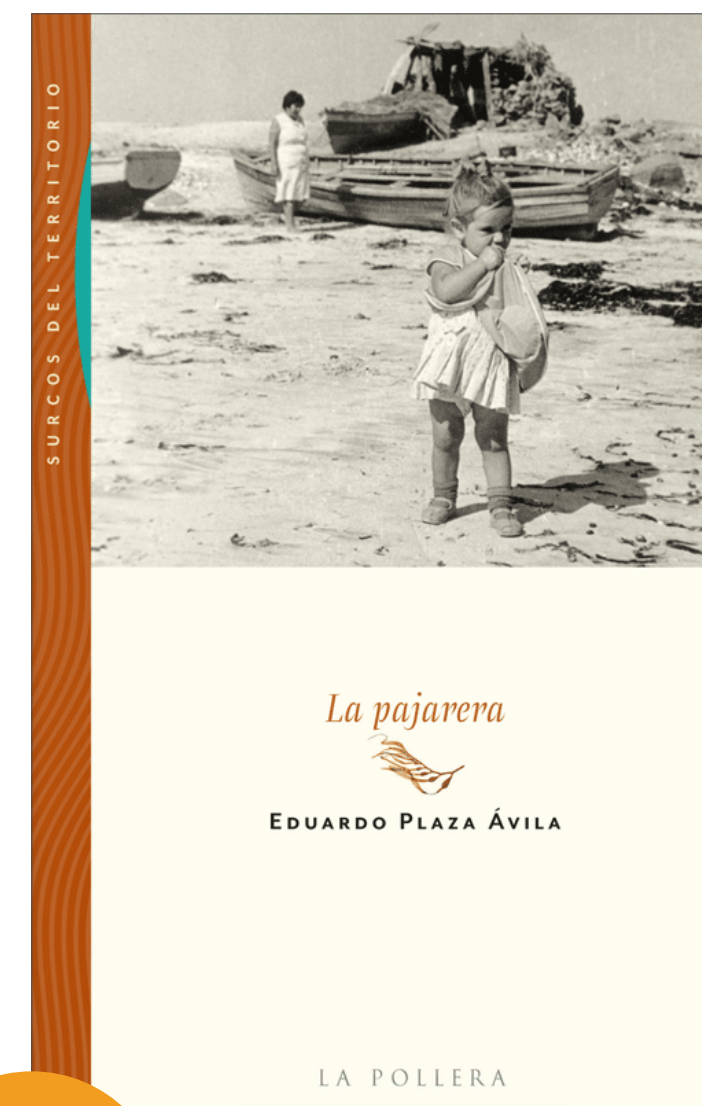


LA HERMANDAD DE LA CASA GRANDE

Autoría. Eduardo Pérez Arroyo
550 páginas / Año 2021

Una apuesta literaria que nos cuenta sobre el Juicio de los Brujos en Chiloé en el siglo XIX y como el Estado chileno, en plena Guerra del Pacífico, interfiere en la autonomía de la magia para tomar control de la Isla. Un novelón bien escrito, situado en 1871, lleno de acción y diálogos ágiles con el pasado. Un eco de la brujería de aquellos tiempos que reverberan en el presente de La Pollera. Estreno.

ISBN 978-956-6087-31-1



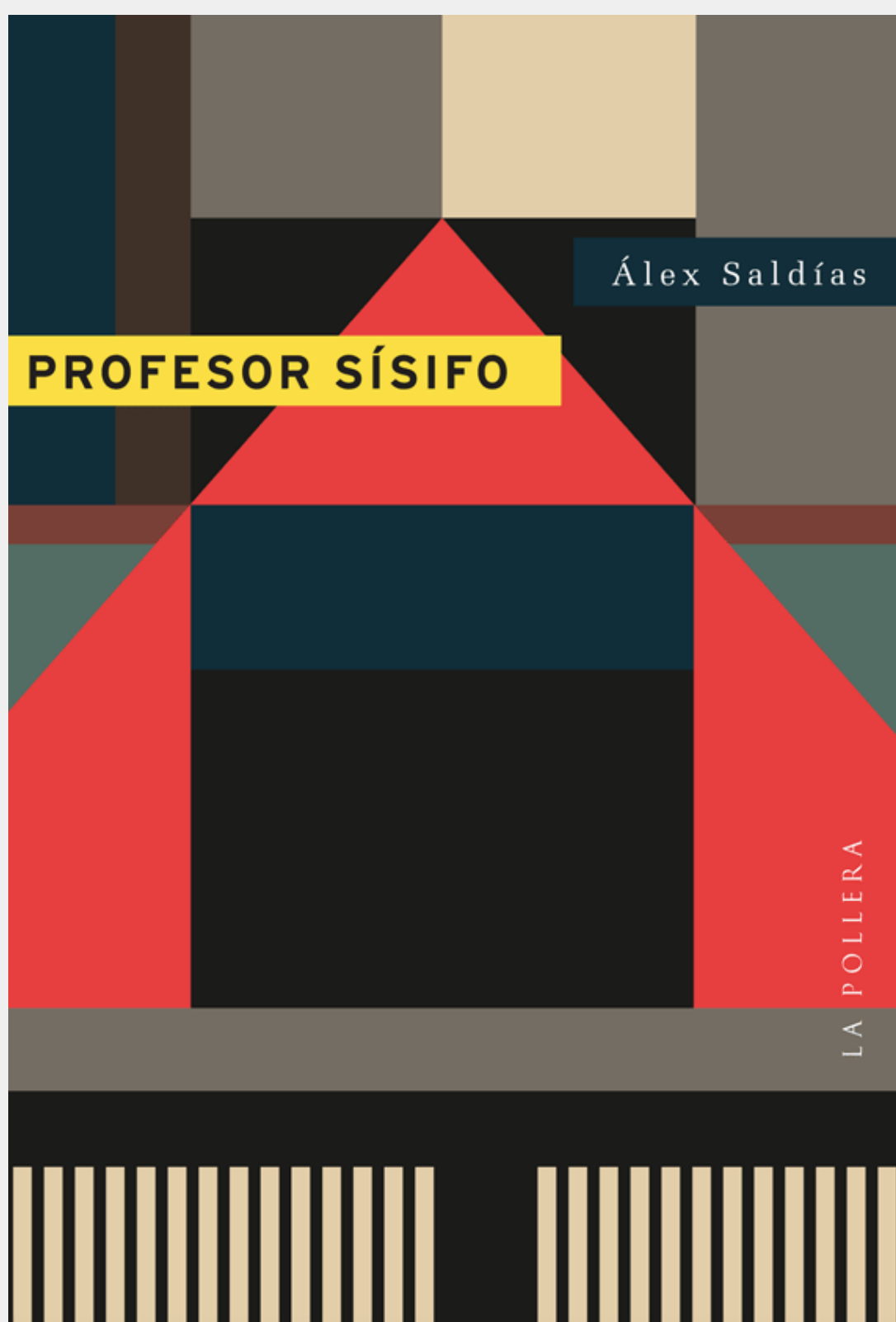
LA PAJARERA

Autoría. Eduardo Plaza
105 páginas / Crónica / Año 2021

Un admirable abanico narrativo para delinear Coquimbo o, más específicamente, sus recovecos y su imaginaria. Un caudillo busca transformar la ciudad en un epicentro del turismo pirata y, a la vez, en un muestrario de todas las potencias del mundo; una celebración anual empuja al frenesí colectivo, pero también a charlatanes y criminales; el guitarrista de una célebre banda de cumbia elige —después de recorrer el país y el extranjero— no moverse del nido; una adictiva investigación advierte la presencia y la negación de los cambios como pueblo originario de la bahía; y como telón de fondo, siempre latente y delicado, un cuadro familiar lleno de grietas, fantasmas, giros y rearmes. Un libro híbrido y apreciable, a medio camino entre la crónica, la novela y el periodismo.



EXTRACTOS



PROFESOR SÍSIFO

Autoría. Álex Saldías

115 páginas

Año 2020

ISBN 978-956-6087-15-1

Currículum vitae

Nombre: Profesor Sísifo

Dirección: Av. Estigia #3611

Edad: 25

Fecha de Nacimiento: 1993 A.C.

Enseñanza: Academia de Aristóteles.

Titulado como Profesor de Lenguaje y Comunicación.

Logros y cualidades personales:

Rey de Éfira y Puente Alto.

Delaté a Zeus. Engañé a Hades.

Papito corazón de Odiseo.

Subo una piedra todos los días. La dejo caer en las noches.

Lector de novelas tristes. Narrador histérico.

Profesor proleta. Corazón coraza.

Atleta certificado de las escaleras.

Enólogo en formación ad eternum.

Educador constructivista a veces.

Educador conductista ad nauseam.

Experiencia pedagógica:

Primera práctica año 2013 A.C. Complejo educacional Cerro Navia, capital del Hades.

Los colegas preparaban su café. Me prestaron una taza. Yo confundí el azúcar con la sal y nos reímos un poco para romper el hielo. Quizá lo hice de adrede. Éramos las mascotas o los bufones del clan. Nos ignoraban amablemente. Se notaba el gran trabajo que había hecho el tiempo y las situaciones vividas en sus confianzas. Conversaban sobre paseos y alumnos problema. Tiraban tallas, se burlaban de algunos, hablaban de sueldos y bonos. Nosotros sacábamos nuestros cuadernos y nos poníamos la bata blanca. Parecíamos vendedores de churros o farmacéuticos. Tenían que identificarnos del resto. No éramos Profesores aún. No representábamos a la autoridad. Apestábamos a miedo.

Perséfone tenía un primero medio y yo tenía un octavo básico. El olor a sobaco y porro dentro de la sala eran los primeros en saludarme. Mi Profesora guía tenía un muy hermoso rostro de gata madre. Una Profesora madre en Estigia es una que conoce todos los sinsabores de la enseñanza (malos ratos, faltas de respeto, desilusiones, gritos), pero aun así logra sentir amor por sus estudiantes. Yo quería ser un Profe-padre, pero mi personalidad y mi apariencia me relegaban apenas a la categoría de Profe-mascota.

Eran veinticinco que parecían cincuenta. Recuerdo, ante todo, su letargo. Con suerte escribían un par de palabras. Si se acercaban un poco, algo, un milímetro al conocimiento, había que recompensarlos con una calificación en forma de cifra. Lo hacían por nosotros, para que dejáramos de interrumpir sus siestas.

-Ya pues, Eduardo, despierte, no ha hecho nada. ¿Entendió cómo hacer la actividad?

-Uy, que lesea, profe -me respondió-. Mire, ahí está, ahí hay un microcuento. «Había una vez-truz». ¿Entiende? Había un-avestruz. ¿Que lo acompañe con un dibujo? Perfecto, ahí está.

Miré el dibujo como si me estuviera viendo a mí mismo. Colgaban de un hilo todas las situaciones de mi vida que me llevaron a estudiar pedagogía en lenguaje:

Cuarto básico: leí El Superzorro en un solo día.

Séptimo básico: le escribí dos poemas y dos cartas de amor a una compañera que también era mi mejor amiga. Me rechazó abruptamente, con vergüenza, como si hubiera hecho algo malo. Tiempo después sentiría lo mismo con los jefes de la Unidad Técnico Pedagógica.

Primero medio: corrí a un lugar para refugiarme después de mi primer rompimiento amoroso con una ninfa. Entré a la biblioteca de Puente Alto y pedí dos libros de Lovecraft y uno de Nietzsche. No entendí nada del segundo, pero al menos ya me había transformado en alguien que leía a Nietzsche.

Segundo medio: descubrí la poesía, de ahí ya no hubo vuelta. Parra era mi abuelo, Neruda mi padrastro, Mistral mi mamá, De Rokha el papá que veía los fines de semana y Huidobro un tío cuico. Se me aparecían en todo lugar; en las tardes, los árboles, las sonrisas, el dolor, la cerveza, el humo, la saliva, los labios, la soledad, las palabras mismas, el hecho de escribirlas, la inspiración, la respiración, la música, el ritmo...

Cuarto medio: ¿qué hacer? No sería poeta ni en sueños, mi personalidad no lo permitiría. Nunca viviría como Arturo Belano o Ulises Lima. Qué ganas tenía de ser un personaje dentro de una novela de Bolaño, pensaba, y flirteaba mucho con ese pensamiento, aunque en el fondo sabía que mi vida se parecería mucho más a la de un personaje dentro de una novela escrita por Kafka o Levrero.

Al final opté por una profesión que me permitiera estar cerca de la literatura, pero no encima de ella; oliéndola pero sin probarla; mirándola a través de un espejo que después de unos años ya no mostraría nada más que alumnos y libros siendo utilizados como material didáctico. Pedagogía en Lenguaje. Listo,

a la mierda.

Estudí para la PSU y me tomé una pilsen con mis amigos mientras revisábamos los puntajes en internet. Yo era el más bajo del grupo, pero aun así me alcanzaba. Entré a la universidad.

Pasaron frente a mí todas las noches de insomnio estudiando a Barthes, Bajtín, Kristeva, Chomsky y Saussure; vi los ensayos de quince páginas sobre construcción psicológica del estudiante, las idas y vueltas en metro, la insufrible peregrinación desde Puente alto a Baquedano, desde los charcos de agua sucia a las piletas marmoleadas, subiendo la piedra desde el margen hasta el centro y desde el centro hasta el margen por más de cuatro años y medio; los fines de semestre, la marihuana, los carretes, los desvelos, el sueño, el sexo, el exceso, el agotamiento, la rabia, los Profesores bacanes y los Profesores culiaos, los pendrives, los powerpoints, los ensayos, la tesis, la tesis, la tesis, el examen de grado, la nota final, el telón, los aplausos y ya está, arrójese a la máquina, Profesor Sísifo.

Todo lo anterior se reflejaba en ese intento de avestruz que más parecía ganso.

Quise golpear la mesa con el puño como imaginé que haría un Profesor-Padre, pero desvié los pensamientos de ira como sacándome una telaraña de la cara. Traté de concentrarme en el resto de los estudiantes, sin embargo el escenario fue casi siempre el mismo. Esta era la primera bala disparada en un campo de batalla infinito.

Una vez les pregunté sobre el futuro. Nadie quería ir a la universidad. «Los hueones van a la universidad», decían. (Yo había ido a la universidad, ergo...). Los demás querían ser milicos, o trabajar en lo primero que les dieran para ganar plata al tiro y andar en «las medias naves». Las niñas, por otro lado, parecían dejar todas sus posibilidades de trabajo detrás de la gran muralla de la maternidad, como si esa muralla fuera siempre infranqueable.

«No se puede con la violencia de este lugar», pensé por lo menos trescientos sesenta y tantas veces. Llevaba muy poco trabajando y ya estaba chato. Había Profesores que llevaban más tiempo siendo Profesores del que yo llevaba siendo apenas persona. ¿Cómo lo hacían?

Por lo menos aprendí a levantarme temprano y a elevar el volumen de mi voz. Descubrí que poseo un amplio rango barítono a la hora de pedir que por favor se saquen los audífonos y pongan atención. Podría decir que amedrento a los niños con mi capacidad vocal, pero la verdad es que solo los molesto. Todo depende de la sensibilidad que tengan mis alumnos a la hora de asustarse con el ruido de un trueno. Para mi mala suerte, los niños de ese colegio parecían haber crecido al medio de una gran tormenta, pero el escenario era mucho peor en los cursos de mis compañeros practicantes. Sobre todo en el de Perséfone, mi polola.

Ella tenía cuarentaiocho estudiantes. Era tan grande el sacrificio dentro de ese salón, que se necesitaban tres practicantes, no como en el mío, que solo estaba yo. Un día faltó una de las practicantes que ayudaban a Perséfone. Yo estaba en mi hora libre, así que me ofrecí para reemplazarla. El bullicio, el olor y la tensión sexual dentro de la sala eran tan densos como en una fiesta bondage arriba de una micro. Dentro de ese contexto, teníamos que hacer una pequeña actividad basada en un mísero indicador: los alumnos infieren e interpretan el significado global de un texto.

Nada más que eso: inferir, sacar conclusiones, entender algo que no está explícitamente dicho, pero que si leemos con atención podemos descubrir. Por ejemplo, si el microcuento de Hemingway decía: «Se venden zapatos de bebé. Sin usar.», yo le tendría que preguntar a un alumno: ¿por qué están sin usar?, y el alumno tendría que responder: «Porque el bebé murió antes de que le pusieran los zapatos que le habían comprado sus padres». También podría preguntar: ¿cómo están sus padres?, y ellos tendrían que

responder «Tristes»; y así sucesivamente. De esta forma yo sabía que el indicador se cumplió y que todos estábamos bien: el sistema funcionaba; la enseñanza era algo hermoso. Como dije, éramos tres practicantes, cada uno con un tercio del curso a cargo. A pesar de esta división, la atención y la efectividad de esa clase fueron nulas. Los alumnos dormían, jugaban, miraban sus celulares y se besaban mientras fingían trabajar en la guía de microcuentos. Yo sudaba debajo de mi bata blanca intentando insertar algo de gusto literario en sus cabezas, pero nada entraba. Hemingway, Monterroso, García Márquez. Todos ellos atrapados en una guía pisoteada por zapatos con tierra, caca y chicle. Rayadas apenas, respondidas con desgano, llenas de glandes asomados en las esquinas. El hacinamiento y el mareo provocados por el ruido hacían que cada segundo durara un año. Me imaginé en el medio de un gran océano de cuerpos que me gritaban en algún idioma secreto: «Debiste haber estudiado ingeniería». La educación me parecía un gran chiste. Tuve ganas de reír cuando vi que uno de los estudiantes hacía líneas blancas con pedacitos de goma de borrar. Ese era su juego: jalar cocaína. Le dije como broma, y quizá haciéndome el Profe-hermano: «Ya, no te vayas a poner muy duro con esto», y le quité la carpeta sobre la que tenía los restos de goma.

Evidentemente la clase fue un fiasco, como todas las clases en ese nivel, en ese colegio, y quizá en esa comuna.

A la semana siguiente volvimos con el mismo ímpetu, pero algo en el ambiente había cambiado. Los Profesores nos miraban como si hubiésemos sido los sobrevivientes de un holocausto. ¿Desde cuándo tanta atención?, pensé, aunque el misterio no duró mucho tiempo. Al primer recreo nos llamó el director. Mientras caminábamos hasta su oficina, uno de los Profesores que hacía el nexo entre la universidad donde estudiábamos y este colegio, nos dijo: «Relájense, a cualquiera le puede pasar». ¿Qué era eso que

podía pasar?

El director nos interrogó. Quería saber si teníamos algo que ver con lo que había sucedido la semana pasada. Nosotros le manifestamos que no teníamos idea de lo que hablaba, entonces nos explicó que después de nuestra paupérrima clase, los niños habían jalado cocaína. El alumno al que yo le había quitado la goma de borrar desintegrada en realidad estaba practicando el método más correcto para confeccionar rayas. Durante el recreo que hubo entre nuestra clase y la siguiente, Rómulo, el niño al que yo había retado, sacó una bolsa y repartió para todos. Según el director, de los cuarenta y ocho estudiantes jalaron cuarenta. Quedaron tan duros que se agarraron a combos en plena clase de historia armando una mocha digna de una pintura de Brueghel. La droga pertenecía al hermano traficante de Rómulo. Se la había robado de un cajón. El colegio tuvo que llamar a los pacos. Mientras nosotros volvíamos a la universidad para completar los informes de práctica, Rómulo era detenido frente a todos sus compañeros. La policía luego se estacionó afuera de su casa. Desde el carro, Rómulo oyó el tumultuoso griterío de su familia durante el allanamiento.

Perséfone rompió a llorar cuando el director terminó la historia. No sabía si lloraba por el cariño que le tenía a su alumno o por el miedo a las consecuencias. Yo estaba de plomo. Sabía que la culpa no había sido nuestra. Le dije al director, en reiteradas ocasiones, que no habíamos visto nada, pero él no nos creía. ¿Cómo podíamos ser tan ciegos? Casi todo el curso se había hecho mierda el tabique ahí mismo en la sala y no nos habíamos dado cuenta. Tenía razón, así que le comenté eso de la goma de borrar como un dato conciliador, algo que nos salvara o nos iluminara un poco, aunque no lo creía necesario porque yo vi que era goma de borrar, no soy tan estúpido como para confundirla. El director me respondió:

-Sí, supe eso de la goma y también supe lo que le dijiste -declaró apuntándome fugazmente con el dedo. No quise decir nada. Sabía que me estaba amenazando. Así de fácil había terminado contra las cuerdas. En caso de que él me quisiera acusar, su relato sería mucho más convincente que el mío. A los apoderados no les importa la verdad, sino el recipiente donde se contiene esa verdad. Comprendí enseguida que así funcionaban la mayoría de las cosas en un colegio. Mejor dejarlo creer que estoy de acuerdo con él: fallé. Sí, había cometido un error al no dejar claras las distancias. Tenía que ser Profesor-Paco, no Profesor-Broder; no convenía, menos en mi posición de practicante. Los alumnos no me defenderían en ningún caso; nunca sería su amigo. Es más, después supe que ellos quisieron proteger a su compañero, así que esparcieron el rumor de que yo era el que había llevado la merca al curso. Me traicionaron o me castigaron por hostigar sus confianzas. ¿Qué me creía siendo su Profe-Broder al tiro, sin conocernos? Por lo menos aprendieron a construir un argumento a través de la falacia post hoc ergo propter hoc. Es decir:

- 1.- Antes no estaba el profe Sísifo y no había cocaína.
- 2.- Ese día llegó el profe Sísifo y apareció la cocaína.
- 3.- Por lo tanto, el profe Sísifo trajo la cocaína.

Quizá sí logramos enseñar algo esa vez. El sistema funciona. La enseñanza es algo hermoso.



SOLO

Autoría. Marcelo Vera

93 páginas

Año 2020

ISBN 978-956-9203-92-3

Por la noche me duermo vestido, atontado por los calmantes y abrazado a la urna como si ese acto inútil pudiera devolverme la vida que ya no tengo. Cuando despierto la lluvia continúa, siento náuseas, y llevo el nombre de Clara negativizado en la mejilla izquierda. En algún lugar de la casa el teléfono suena sin parar.

El contestador automático que ofrece la compañía telefónica anuncia doce mensajes nuevos. Todo un récord que nadie se molestará en celebrar. Me sorprende un poco la fidelidad del aparato, atendiendo sin descanso a cada idiota dispuesto a manifestar su veta melodramática en un ridículo mensaje grabado. Al ingresar la clave numérica un collage de frases vacías flota en el aire durante algunos minutos. Aparecen todos los extras previsibles y algunos inesperados. Incluso un primo lejano, un imbécil que vive en Miami y trabaja como asistente cosmético en una funeraria -eso quiere decir que ayuda al tipo que maquilla a los muertos-, aprovecha para monologar a distancia y lamentarse por el poco sentido comercial de las funerarias locales, porque allá, según dice, embalsamar cadáveres es la base sobre la que se sostiene la industria mortuoria. Por ejemplo, embalsamar un cadáver es requerido legalmente si el difunto tiene que pasar a través de las fronteras de Alabama, Alaska o New Jersey. En cambio, en otros tres estados (Idaho, Kansas y Minnesota) requieren que el cadáver sea embalsamado si va a ser transportado a través de medios públicos (trenes, aviones y camiones son considerados medios públicos). Antes de despedirse también alcanza a mencionar que muchas veces debe utilizar Krazy Glue para mantener cerrados los párpados y los labios de los muertos rebeldes. Cinco segundos después del último mensaje nada explota ni la cinta se autodestruye. Es una lástima. Cierro los ojos e intento pensar en algo que me mantenga a salvo mientras las piezas se acomodan en mi cabeza, pero no logro aferrarme a ninguna idea concreta. Tal vez sea

demasiado pronto. Solo alcanzo a desconectar el teléfono antes de hundirme en una nueva ola de calmantes.

Cuando el efecto de las pastillas desaparece por completo comienzo a percibir el avance de la soledad tomando posesión del lugar. Aún puedo escuchar a Clara preguntándome cómo estuvo el día. El grito Wilhelm de su voz retumba en toda la casa. Siento el frío en los huesos y el terror en cada detalle. Estoy mortalmente solo. Más solo de lo que nunca hubiese podido imaginar. Nuestros poderes de gemelos fantásticos ya no volverán a activarse. No más Montauk. La habitación se tambalea y pienso en nuestros códigos secretos que se perderán para siempre. Ya no habrá riñas domésticas, disculpas tardías, ni poemas de W. H. Auden garabateados en un papel junto a las tazas del desayuno. Tampoco quedan mascotas desconcertadas o niños desconsolados a quienes mentir descaradamente con respuestas de manual. No, mami no está en un lugar mejor ahora, no nos observa ni nos protege desde el cielo. No, nada de eso.

Los días siguientes floto en una delicada burbuja química. Mis emociones se retuercen en algún lugar lejano. Me muevo poco, me mareo con facilidad, y cientos de luces de alarma parpadean en mi cabeza, aunque los mecanismos básicos continúan funcionando con aparente normalidad. Paso el tiempo oliendo su perfume en la ropa del armario y llorando abrazado a la urna con sus cenizas. No siento hambre ni sueño, ni logro comprender cómo debo actuar con Clara en su nuevo formato. Me limito a racionar los calmantes y deambular por el departamento transportando la urna de habitación en habitación esperando alguna especie de milagro tardío.

Con las pertenencias de Clara, en cambio, no tengo dudas. Cuando logre reunir fuerzas comenzaré un proceso de preservación para mantener fragmentos de su memoria en cada rincón de la casa. Todo se

mantendrá limpio y ordenado, y las prendas que utilizó por última vez -al igual que sus libros y demás efectos personales- conservarán para siempre la disposición azarosa en que fueron abandonados por ella antes de marcharse. Por el momento eso constituye mi única certeza, y pienso aferrarme a ella sin importar lo que pase.

Tomar calmantes es como poner un cojín sobre un detector de humo en una casa en fuego. La frase aparece al buscar información sobre calmantes en internet, y es tan estúpida que alcanza a robarme una sonrisa. Trato de memorizarla mientras paseo a los tumbos con la cámara fotográfica registrando las huellas de Clara en el lugar. Cada imagen me destroza el alma, pero algún día mi memoria comenzará a fallar, y no puedo permitirme el lujo de olvidar.

Los calmantes se esfuman demasiado rápido y las horas transcurren de forma extraña. Percibo cambios lumínicos en el exterior, pero no logro focalizar nada en particular. Imágenes y sonidos se funden en una duermevela interminable. En algún breve momento de lucidez comprendo que resulta absurdo realizar tantos traslados, y decido que Clara ocupará tres posiciones fijas en la casa, consideradas de manera estratégica para que nunca se mantenga fuera de mi ángulo de visión. Elijo entonces la mesa del living para dominar los planos generales, la parte superior del microondas para el interior de la cocina, y su lado de la cama en el dormitorio. Por alguna razón, tal vez ligada al pudor, dispongo que solo permanezca fuera de mi vista cuando me encuentre en el baño. Aparte de eso no existen otras restricciones.

Casi no salgo de la cama, y si lo hago es para desplomarme en el sillón de la sala, donde paso el tiempo en silencio con la mirada perdida en algún rincón de la sala. Lo noto mientras paso como un autómatas camino al baño, y tomo nota mental por si algún día recupero la cordura y decido solucionar ese tema en particular.

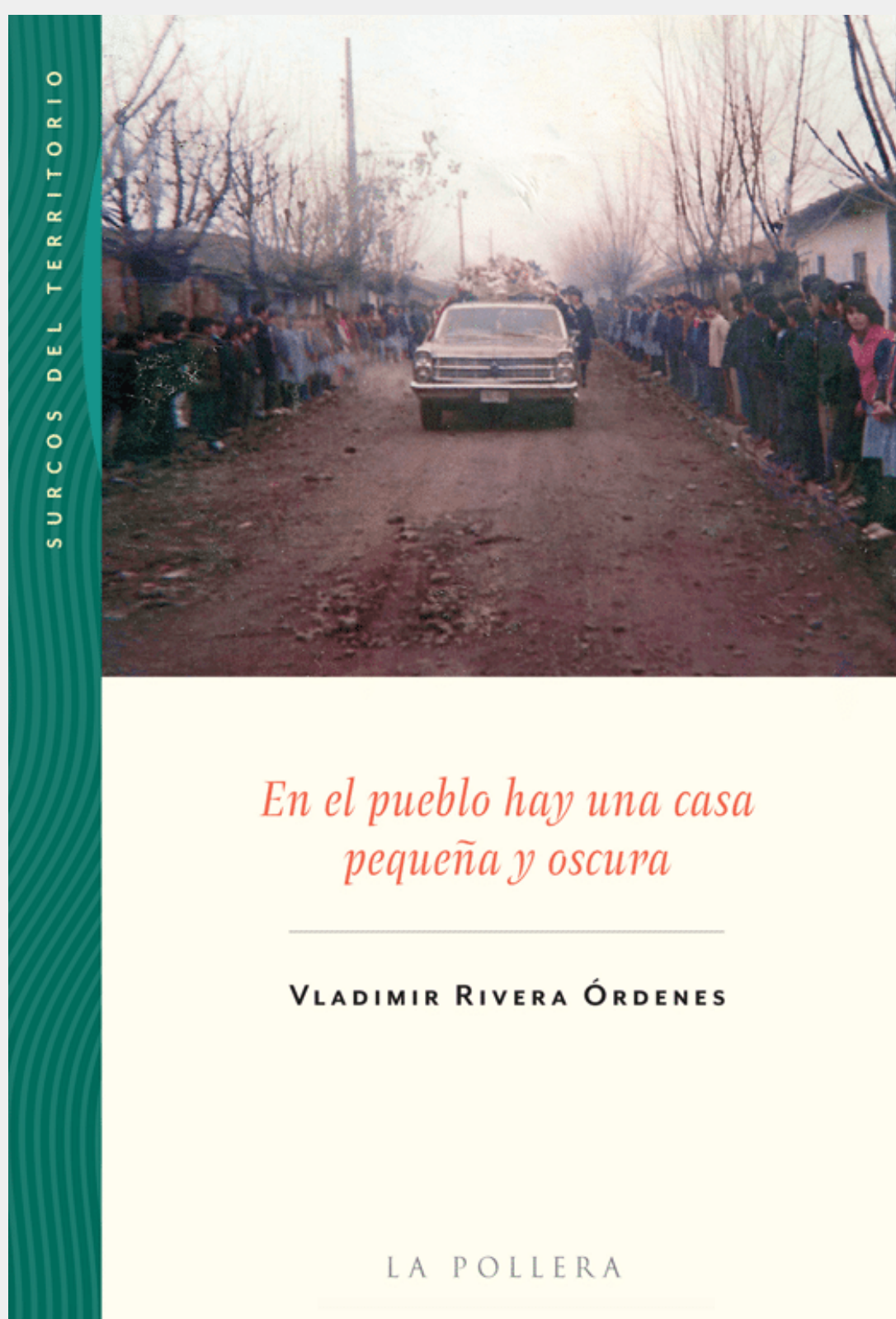
Al tercer día el televisor resucita de entre los electrodomésticos muertos. Es inevitable, supongo. El plazo exacto para que una noticia de accidente vial desaparezca completamente de los medios. No hace falta correr riesgos innecesarios. El cronograma se cumple sin fallas. Las primeras veinticuatro horas el show se monta en exteriores, y la pantalla se tiñe de sangre fresca y cuerpos inertes. Abundan las tomas generales para los vehículos destrozados, los planos detalle para zapatos solitarios o juguetes macabramente deformados y las notas desprolijas con testigos semianalfabetos. Al día siguiente los ánimos se seren un poco y el debate se traslada a los estudios, donde diversos personajes opinan sobre la gravedad del asunto y evalúan medidas preventivas que nunca se llevarán a la práctica. Eso es todo. Setenta y dos horas más tarde la noticia desaparece mágicamente sin dejar rastros. El mundo continúa, y la programación también.

Lo primero que sintonizo es un reality donde una docena de hiperobesos intentan bajar de peso frente a cámara. Los participantes llevan una camiseta con el logo del programa, su nombre y su peso inicial estampados en letras enormes. En cada bloque son sometidos a diferentes padecimientos con la aparente finalidad de fortalecer su fuerza de voluntad, aunque también se intercalan simulacros de diversión. Al cabo de un rato puedo observarlos bailando, practicando deportes o intentando acercamientos románticos entre ellos. En un segmento particularmente sádico los obesos son trasladados a un restaurant donde se los enfrenta a sus platos favoritos. Algunos sudan y bajan la vista, otros se abalanzan sin pudor, y uno se quiebra (165 kg. según su camiseta) alza un plato de pasta hasta la altura de sus ojos, lagrimea y, dirigiéndose a los fideos, susurra con tristeza: los extrañé mucho. Por suerte después llegan los comerciales.

La cara se me está cayendo a pedazos. La antigua dermatitis nerviosa recrudeció y expande su territorio. La epidermis abandona el barco milímetro a milímetro y los restos de piel descamada flotan en el aire

como la nieve artificial dentro de las pequeñas esferas decorativas de cristal con miniaturas en su interior. Tal vez mi cara ya no me pertenece y desaparece de a poco detrás del rastro de Clara. No la culpo. Cuando pasé frente al espejo del baño para constatar la magnitud del daño apenas pude reconocerme, y me limité a observar con pena al animal oscuro y nervioso que me devolvía la mirada. Llevo días sin bañarme ni asomar la nariz a la calle, y mis únicos contactos con el mundo exterior se limitan a las horas muertas frente al televisor y las pocas palabras que cruzo con algún delivery cuando me siento con ánimo para comer. El resto del día el portero eléctrico permanece desconectado y los mensajes del contestador se evaporan sin ser escuchados. Solo de a ratos logro abstraerme y observo con curiosidad cómo el mecanismo continúa funcionando mientras el interior se reseca como una cáscara vacía.

Entre sueños distingo a Mr.T destrozando la puerta de una cocina falsa donde una pelirroja solitaria prepara toneladas de comida. Parecen ser viejos amigos, aunque no logro imaginar donde pudieron haberse conocido. Mientras la pelirroja cocina y sonríe sin parar, Mr. T intenta explicar el funcionamiento de un horno de tecnología infrarroja. Se lo ve desmejorado, pero al menos conserva la cresta mohicana. Según Mr. T ahora es posible asar, gratinar o freír sin grasas ni aceite, y eso debe ser realmente bueno, porque la gente grita y aplaude en el estudio. Me pregunto qué estará vendiendo Murdock ahora.



EN EL PUEBLO HAY UNA
CASA PEQUEÑA Y OSCURA

Autoría. Vladimir Rivera Órdenes
162 páginas / Crónica / Año 2021
ISBN 978-956-6087-24-3

Tan fuerte como una torre
(En algún momento de la década de 2000)

¿Has sentido el latido de un ser cerca de ti, en tu corazón? ¿Has visto que, de repente, todo deja de existir cuando algo vivo palpita en tus manos?

Recuerdas esa cálida mañana de febrero cuando lo sostuviste entre tus brazos: era grande para ser un recién nacido, seguro pensaste que sería más fuerte que un toro, porque los toros son fuertes. Y es que una vez allá en Parral te persiguió un toro. Tuviste que saltar varios cercos y el toro solo se detuvo cuando algo lo distrajo. Eso pensaste y dijiste seguramente: «Este cabro será tan fuerte como un toro». Por eso, apenas insinuaste que el niño no respiraba bien, nadie te creyó.

El doctor y la matrona lo revisaron, le midieron la saturación. Fue una noche larga, un parto en casa, a la antigua. Una vez tu mamá te contó la historia de tu tía Gracia en Parral, que era partera, que tuvo diez hijos, todos seguidos, todos productos de violaciones de su esposo, un manco que no respetaba nada ni a nadie. No hay manco bueno, decía el refrán. Y la tía Gracia, que era buena persona y partera, sabía cómo eran estas cosas. Pero ahora las guaguas nacen en hospitales, en clínicas limpiecitas. Nadie nace en casa. Pero tú sí, hijo, pensaste, tú, la torre, porque eso precisamente significa tu nombre, «tan fuerte como una torre».

Al niño le costaba respirar y nadie se daba cuenta de eso, solo tú. Quizás eran tus miedos, siempre fuiste cobarde para estas cosas, te demoraste mucho en tener hijos, no los querías, porque sabías que eso era una gran responsabilidad. Los niños se enferman, los niños sufren. Y tú

sabías de sufrimiento, tu papá, un tipo al que ya nadie recuerda, fue detenido, torturado y desaparecido. Te dejó solo. Aunque claro, nunca hablaste de soledad antes, eso es cierto. Así, cuando fueron apareciendo los hijos, te fuiste volviendo más cobarde. Todo te asustaba, por eso cuando sentiste que tu hijo no respiraba, pensaste: «Ya va a respirar, deja de tener miedo, Vladi, no pasará nada». Pero tu hijo no respiraba bien y decidiste llamar a un doctor que conocías. Él te respondió «ponlo al teléfono» y eso hiciste. El doctor escuchó un par de segundos y sentenció: «Llévalo a un hospital ahora mismo» y eso hiciste. Llamaste a tu suegro, le pediste ayuda. Querías llorar, ¿te acuerdas?, te cagaste de miedo. Lo sentías respirar entre tus brazos, viste la inmensidad de la vida en sus manitos. Llamaste a la matrona, le contaste todo, pensó un rato y te dio el dato de una clínica: «Llévalo ahí porque en las otras te pondrán atados si lo tuviste en casa». «Claro, claro», respondiste de manera automática, pero no pensabas en nada, solo en sus manitas, tan pequeñas y rojas que palpitaban entre tus brazos, y lo llevaste tapadito. Hacía frío. La verdad es que los patos caían asados, pero tenías frío, mucho frío, entonces creías que el bebé también tenía frío.

Las enfermeras lo recibieron y lo llevaron a una salita, lo conectaron a unas máquinas. Era una clínica pequeña, y claro, ya no recuerdas dónde quedaba ni cómo se llamaba. Te acordaste que en la población Arrau Méndez, allá en Parral, la posta era más grande; pero, bueno, la matrona te la había recomendado, ella sabe. Tú ya no sabías nada, no pensabas nada, solo en sus manitas. Te dijeron «vaya a casa, descansa», y respondiste que sí, pero, en el fondo, solo querías huir de ti mismo. Pasaste a comer comida china, te tomaste una cerveza. En la clínica tu hijo va estar bien, te dijiste, mejor que en casa, mejor que contigo. Porque nadie está bien contigo, pensaste, eres una mierda, sí, eso pensaste. ¿Y sus manitos?, se las tomaste, sí, claro que lo hiciste. Era lindo el niño. Sí, como todas las guaguas. Aunque no, las

guaguas son feas, no sé porqué la gente dice que son lindas, son muy feas. Pero él era lindo. Era tu bebé. Sentado al borde de la mesa, en un cuchitril de un restaurante chino al paso, sentiste el olor de la comida y no tuviste asco. ¿Te acuerdas que estuviste varios meses con asco? Te daban arcadas caminar por el centro y pasar por los locales de comida, esos olores se te metían por todos lados y te producían náuseas. Dejaste de comer carne, no la soportabas. Y claro, ahora la tragaste y ya no sentías ni olor. Solo tenías frío.

Sonó tu teléfono.

Sabe, señor, tiene que llevarse a la guagua, te dijeron.

¿Pero por qué?

Porque está grave y tiene que ir a una clínica más grande.

¿Pero cómo hago eso?

Ese es su problema. Pero la guagua no se puede morir aquí.

¡Pero ayúdenme a buscar una clínica!, pediste, hagan algo.

Entonces llamaste a la Ale, una matrona amiga. Le explicaste, le contaste. Te pusiste a llorar. Sí, te pusiste muy bueno para llorar en esa época. Esperaste en el estacionamiento. ¡Qué raro que el sol no dé calor! Pensaste en Parral, en cómo decirle a todo el mundo que la guagua se estaba muriendo.

Pero en Parral todos los amigos del barrio se fueron o se murieron. De algunos ya ni te acuerdas de sus rostros. Solo sabes que están muertos.

EN ALGÚN MOMENTO DE LOS 80

Vine a Parral porque me dijeron que aquí vivía mi padre-

Alguien gritó: «Están matando a una mina». Y todos corrimos hasta el canal que estaba cerca de los rieles del tren. En ese sector se producía una especie de bagual donde se juntaban las líneas ferroviarias: una iba para Cauquenes, pero estaba en desuso; la otra hacia el sur. Entremedio había una cancha de fútbol improvisada y, al lado, un canal sucio y mucho barro. Tras las líneas, en calle Alessandri, había un caserío de ferroviarios junto a varios puteríos. Atrás de ellos se encontraba la feria de animales.

La línea del tren era una especie de pasadizo donde colindaban las poblaciones más grandes de Parral: Arrau Méndez, donde yo vivía, la 21 de noviembre, la Viña del Mar. Las tres eran conocidas como los barrios bajos, donde había que entrar de espaldas para que pensaras que ibas saliendo, donde «morían los valientes».

La línea férrea era nuestra frontera. Y muy pocas veces recuerdo haber cruzado ese límite. Cada población era en sí una república independiente. Todos esos eran lugares lejanos, inhóspitos para muchos, pero para nosotros era todo el mundo que existía. Un grupo de diez o doce niños que pasábamos gran parte del día en la Escuela 14 y, en las tardes, parados en la esquina, conversando, jugando fútbol en la calle, peleando, escuchando música o simplemente matando el tiempo. El Pancho, el Iván, el Tototo, el Luis Rivera, el Robert, el Jano, El Guille, el Juan Pistola, el Felipe y otros más en la esquina.

Mi calle, Francisco Belmar, era una calle de niños solos, sin excepción, una pequeña banda aparte. De alguna manera nos autoeducábamos. Aprendimos a leer, a cocinar, a lavar nuestra ropa, ordenar la casa, ir a las reuniones de apoderados. Nuestros padres eran obreros, lavanderas, campesinos, todos trabajos llamados menores. Cerca de las siete de la tarde, los papás llegaban: uno los veía cruzar la línea y, en

ese momento, nos dispersábamos raudos a nuestras casas, como quien vio al diablo.

Cuando mi mamá llegaba, por lo general, nosotros ya habíamos hecho el aseo, barrido el patio, lavado la ropa. Tomábamos una onces modesta, té con una cucharada de azúcar, un pan con tomate o con alguna mermelada fabricada en casa. Después le pedíamos permiso para salir a dar una vuelta ya que habíamos estado todo «el día en casa». Nos juntábamos con los cabros en la esquina y terminábamos de matar la jornada.

Nuestra vida dentro de todo era simple, aunque sin futuro. Muchos niños en alguna parte del mundo hablaban sobre el infinito; nosotros, sobre qué trabajo era más rentable: si cargador en la feria, repartidor de supermercado, campesino o cuatrero. Cuando faltaba para comer íbamos a pedir fiado al negocio del frente, que era de un tío que tenía campo. Comprábamos azúcar por tazas, aceite en botellas de Coca-Cola que llenábamos una y otra vez. Todo se adquiría de una pieza, nadie iba al supermercado a hacer la compra del mes. Es decir, había gente que sí, pero nosotros, los cabros de la calle Francisco Belmar, no.

Uno de esos días, estábamos en la calle, cuando alguien, no recuerdo quién, gritó que estaban matando a una mujer en la cancha de barro que estaba en la frontera. Fuimos corriendo. El lugar se había llenado de gente, fisgones, todos mirando desde la línea del tren. En medio del bagual, había un hombre con un cuchillo amenazando a una mujer; ella lo golpeaba y él le devolvía combos. Ella sangraba entera, él tenía un par de golpes en la cara.

Maraca conchetumadre, le gritaba el hombre, puta de mierda.

Mátame po, conchetumadre, le respondía la mujer, ni pa eso te alcanza.

Ella lo golpeó en la cara. Unas dos veces, muy fuerte, los combos retumbaron. Algunas personas reían,

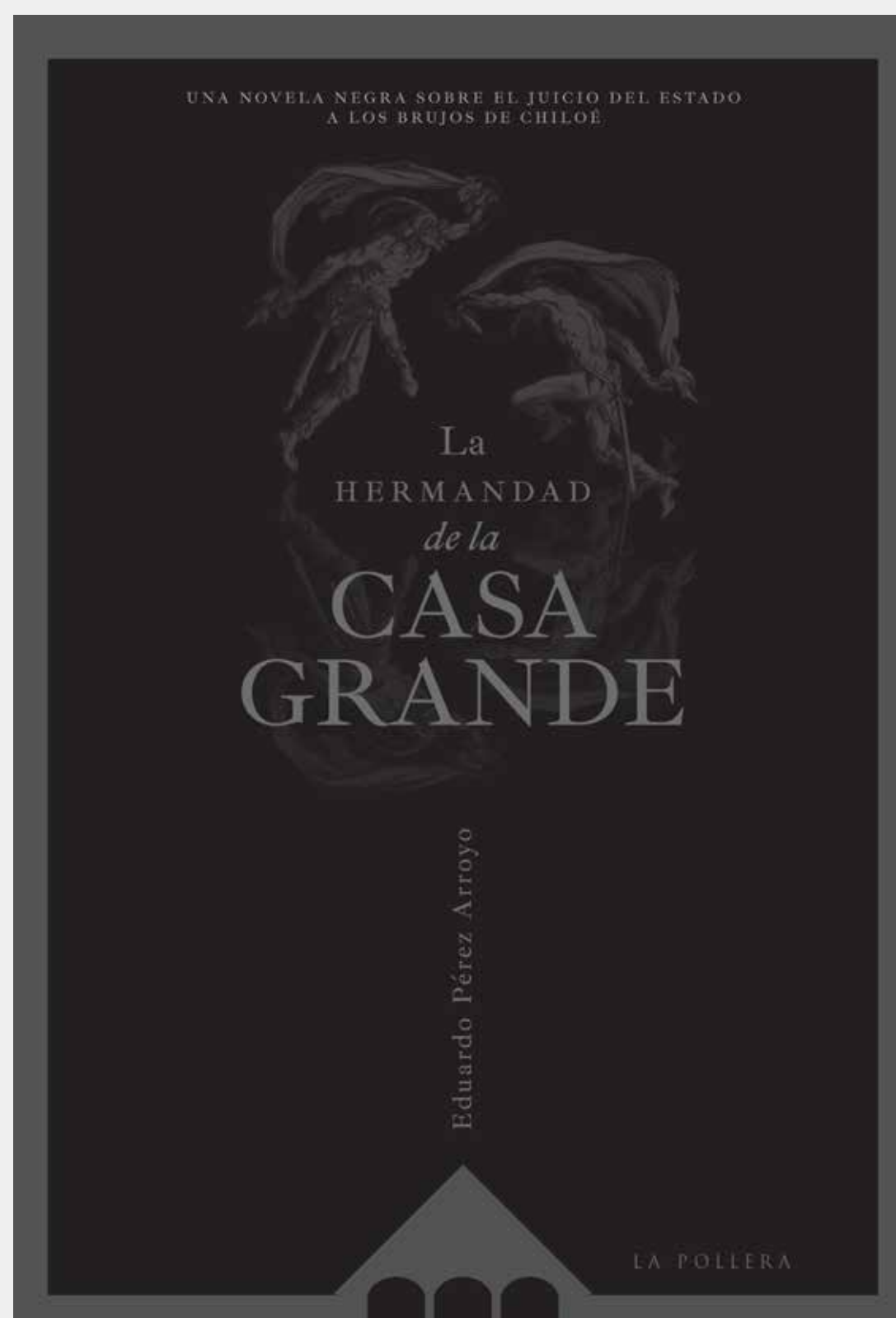
otras comentaban entre ellas, nosotros solo mirábamos. El hombre la tomó y con el cuchillo alzado le dio un corte en la cara. Ella gritó y cayó al barro. «La mató», se escuchó decir. Y en ese momento, la gente, que hasta ese momento solo miraba, se abalanzó sobre el hombre quien salió corriendo. Se metió al canal para cruzar la línea y escapar. Unos cinco o seis hombres lo siguieron. Desde el otro lado de la línea, donde también había mirones, gente en su mayoría que trabajaba en las arroceras, finalmente lo detuvieron. Lo golpearon muy fuerte, combos, patadas, una, dos, tres veces, hasta que se cansaron. Parecía un mono inflable que acababa de pincharse. Lo arrojaron al canal y lo dejaron ahí, moribundo. Unas señoras recogieron a la mujer y se la llevaron. Poco a poco el lugar comenzó a quedar vacío. El Jano se fue de los primeros, se veía triste. El resto, nos quedamos en la esquina de siempre. Ninguno, que yo recuerde, volvió a hablar de eso. Cerca de las nueve ya todos nos volvimos a casa. Pocos tenían televisor así que, por lo general, se dormía.

A mí me gustaba escuchar un radioteatro que daban en La Portales. Eran historias de terror, muchas de ellas, basadas en el Doctor Mortis o Barnabas Collins. Como mi mamá a esa hora cocinaba para dejar el almuerzo listo para el día siguiente, aprovechábamos de cenar. A veces no teníamos gas, así que se cocinaba al brasero. Era demoroso, nuestras cenas eran cerca de las once y, pasada la medianoche, nos íbamos a dormir. No recuerdo nunca haberme quedado dormido antes de las doce salvo cuando no teníamos comida y nos íbamos a acostar para que terminara el día pronto. Por mucho tiempo pensé que eso pasaba solo con nosotros, pero en realidad ocurría en casi todos los hogares de la Francisco Belmar.

Días más tarde, nos paramos en la esquina de nuevo, cuando vimos que la mamá de Jano se iba de la casa. Le dijo, frente a nosotros: «Jano, hijo, no me busquís» y se fue. El Jano se puso a llorar y la siguió

un par de cuadras. Ella le decía: «Ándate pa la casa, ándate, es lo mejor». Ella cruzó la línea del tren y el Jano regresó al lado nuestro. No paraba de llorar. Ahí nos contó que su papá le pegaba a la mamá y que ella le había dicho que se tenía que ir o la iban a matar. Y eso hizo. El Jano tenía dos hermanos más, uno de diez como yo y, el más chico, de unos seis. Él tenía unos ocho años en esa época. Tiempo después se fue el papá también y se quedaron los tres solos.

Ese día, antes de ir a jugar a la pelota, le preguntamos al Jano si iba con nosotros, pero nos respondió: «No puedo cabros, ahora soy el papá de esta familia».



LA HERMANDAD DE LA CASA GRANDE

Autoría. Eduardo Pérez Arroyo

550 páginas

Año 2021

ISBN 978-956-6087-43-4

UN APLAUSO CERRADO CORONÓ las palabras de El Mayor Mentiroso del Mundo.

—Y eso fue lo que vi, señoras y señores —dijo con amaneramiento, dedicando una reverencia a los asistentes—. Todo lo vi, todo lo viví. No es poco. Generaciones han sufrido el estigma de pertenecer a esa tierra dominada por brujos. Desde ese lugar no pueden salir. En ese lugar no progresan. Lejos de ese lugar jamás podrán arraigarse. Son los condenados de la tierra, aquellos que nunca, hagan lo que hagan, encontrarán la felicidad en este mundo.

La concurrencia, asombrada, aplaudió a rabiar.

—Los brujos son los responsables —remató El Mayor Mentiroso del Mundo.

—Sus historias me impresionaron mucho —le dice más tarde, durante la cena, Tomás Ferreyra—. Hace muchos años fui reportero. Me tocó conocer algunos lugares casi secretos, olvidados por los gobiernos y ajenos al progreso. Conversé con muchas personas y busqué explicaciones de muchas cosas. Si le soy sincero no saqué mucho en limpio. Pero —se acerca para que el otro lo oiga bien— comprendí que cuando las calamidades son incesantes, cuando hay miseria y analfabetismo, las personas buscan refugio en sus propias creencias y no en la religión. Eso explica la abundancia de su panteón y los extraños sincretismos que a veces resultan de eso. Y esa creencia sin control y sin filtros alienta la superstición.

A su lado los comensales aprueban.

La presentación fue un éxito rotundo. Asistieron todos los iquiqueños de importancia. El Mayor Mentiroso del Mundo estuvo a la altura. Agradeció una por una a las familias que financiaron su presentación y le permitieron contar con el Club Iquique, y preparó una exposición lo suficientemente corta para no aburrir a los asistentes y lo suficientemente larga para que nadie criticara el precio. Sus aventuras resultaron tan insólitas que no espantaron a nadie.

—Así les pasa a las mentes más débiles —interviene el arzobispo—. Esas por lo general son

incapaces de distinguir entre las creencias primitivas y los fundamentos más elaborados.

Los comensales se quedan en silencio.

Tras la exposición muchos comentaron que desde hacía años no se veía en Iquique, ni incluso en todo el Perú, una verdadera novedad como aquella. Los asistentes adquirieron los libros decorados con imágenes a mano, enviaron felicitaciones al expositor, subieron a sus carruajes y partieron a la casa de Tomás Ferreyra, director del República Incaica —uno de los diarios más influyentes, portavoz de las clases acomodadas y del clero—, quien había ofrecido su mansión para la reunión tras el espectáculo. El propio Acnin de Rouchel, conocido como El Mayor Mentiroso del Mundo, aceptó la invitación. Los comensales lo esperaban ansiosos. Rodolfo Griffin, mediante artimañas de buen diplomático, consiguió estar en la lista de invitados.

—Lo que cambia es la forma, el fondo es similar —responde al cura un abogado que también está en la mesa—. Ellos tienen dioses propios porque enfrentan interrogantes propias. Los católicos buscan respuestas más grandilocuentes porque la Iglesia, con sus planes de dominación mundial e influencia política global, inventa preguntas más grandilocuentes. En el fondo ambas cosas son lo mismo.

Algunos comensales se miran de reojo y sonríen. La mayoría permanecen serios. El obispo finge no escuchar y parece concentradísimo en una sopa de camarones.

Los comensales se sorprendieron al verlo llegar. Esperaban un excéntrico —su nombre artístico, El Mayor Mentiroso del Mundo, invitaba a pensar eso— de greñas desparramadas sobre una calva incipiente y ojos paranoicos, burlándose de los ungüentos de orines de perro y las mujeres que con su mirada cambiaban las mareas del océano. En cambio bajó de un carro de alquiler un caballero bien vestido, perfectamente peinado y afeitado, discreto y que transmitía una elegante seguridad en sus ademanes.

El salón está repleto. Rodolfo Griffin permanece en una de las mesas más cercanas al invitado de honor. Acnin de Rouchel está al lado del anfitrión, su esposa, el obispo y otros personajes. Tras llegar agradeció

la deferencia, garabateó su autógrafo en los libros de quienes se lo pidieron, reiteró la historia de su llegada a Chiloé y aseguró que jamás había conocido gente tan supersticiosa. Algunos objetaron el pensamiento mágico que muchos confunden con la verdadera religión, pidieron la opinión al arzobispo y se declararon admirados de que Rouchel soportara tantos meses en ese lugar.

—Lo que me maravilla más es la fecunda imaginación de esas personas —dice Ferreyra para contener la posible discusión entre el obispo y el abogado descreído—. No estoy calificado para juzgar la pertinencia de esas creencias, pero sí entiendo cuando el pensamiento mágico va más allá de lo ordinario. Los hechos que usted comentó —agrega dirigiéndose a Acnin de Rouchel— aunque ficticios, son historias de alta calidad e interés.

—En eso sí estoy de acuerdo —dice el abogado.

Griffin simula seguir una fuente de bocadillos franceses y se acerca para oír.

—Si vamos más allá —agrega Ferreyra— podríamos decir que para el caso da exactamente lo mismo si esas historias son reales o imaginarias. Los habitantes de Chiloé viven en esas creencias. Para ellos ese mundo imaginario es el mundo real, por lo que en la práctica todos esos hechos terminan siendo reales.

—Usted tiene razón, señor Ferreyra —dice Acnin de Rouchel—. Salvo en una cosa: nada de lo que dije en mi conferencia o que aparece en este libro es ficticio. Todo es estrictamente real.

Todos reaccionan con escepticismo. Varias señoras levantan la vista escandalizadas. Algunos hombres sonríen. El obispo sorbe la sopa mientras hunde la nariz en el plato para no tener que escuchar a ese orate.

—Y si esas historias son reales —pregunta Hipólito Brown, el dueño de la Mineral La Escondida—, ¿qué sentido de exponerlos a través de un personaje que se llama El Mayor Mentiroso del Mundo?

—Tiene razón, el ethos es importante —concede Acnin de Rouchel—. Pero es sólo un personaje. Quién lo diga, no cambia el contenido.

Habla con naturalidad, sin querer ser pedante. La exposición ya terminó y no hay motivo para negarse a responder las preguntas de todos los que con amabilidad lo han invitado. Para devolver las cortesías inicia una explicación.

—Le seré franco, señor —dice al dueño del Mineral La Escondida—. Mi intención verdadera es que todos sepan lo que sucede en esa tierra. Muchos a diario sufren los abusos de sus dominadores. Si realmente le interesa saberlo, busco que los gobiernos atiendan y frenen algunas de las aberraciones que presencié. Pero tampoco soy ingenuo, y sé que si hablara de eso en serio me tomarían por loco. Esa es la razón de mi personaje.

A su alrededor ya se formó un círculo. Griffin permanece en primera fila, cerca de él.

—Hay algo que no entiendo —dice alguien—. Si todo lo que cuenta es verdad, ¿por qué no llevarlo a la prensa? ¿Por qué no contactar a gobernadores, políticos y sacerdotes, o hasta al Ejército?

Los demás murmuran.

—Usted dice que se cometen abusos de los que los demás ni se enteran —continúa la misma voz—. ¿Por qué trivializar todo aquello con una presentación como la suya? Yo no lo critico, señor: sólo encuentro que, si seguimos su lógica, valdría más la pena intentar ayudar a esos pobres diablos y no burlarse de ellos.

—Negocios son negocios, señor —responde Acnin de Rouchel, de la manera más natural—. No soy rico, vivo de lo que gano y este es mi trabajo. Para mi suerte siempre hay latinoamericanos ricos dispuestos a pagar buen dinero por escuchar las historias de este servidor.

Los asistentes celebran la ocurrencia con risas. Unos pocos advierten que el rostro permanece imperturbablemente serio.

—Pero en algo se equivoca usted —agrega—. No me burlo de esos pobres diablos, como usted los llama. Si analiza mi presentación verá que en ningún momento me reí. Yo me dedico a exponer lo que vi. Son

ustedes, el público, quienes se ríen de esas historias.

Muchos analizan, y lo advierten: Acnin de Rouchel dice la verdad.

—Es el público quien se forma sus juicios —agrega—. Si eso les causa risa no puedo impedirlo.

Griffin advierte por primera vez algo de incomodidad entre los presentes. Ferreyra busca aliviar las cosas.

—Lo que pasa es que todos aún estamos algo sorprendidos —dice, jovial—. Para nosotros que vivimos en la ciudad esas historias son impresionantes, aunque sean ficticias.

Los demás asienten.

—Lo entiendo, señor —dice Acnin de Rouchel—. Sé que para ustedes debe ser extraño oír todo eso. Pero le reitero: más le extrañaría saber que nada de lo que dije es ficción. Todo es la más estricta verdad.

Griffin advierte que esta vez los comensales no ocultan su ansiedad. Otra vez Ferreyra toma la palabra y pregunta lo que todos quieren preguntar.

—¿Me dice usted que en esa isla existen todas esas cosas? ¿Y que usted vio todo eso?

—Archipiélago, señor. La Isla Grande es apenas una parte.

Los concurrentes ríen con nerviosismo. Acnin de Rouchel permanece serio.

—No se ofenda si no le creo, señor Rouchel —agrega Ferreyra.

—No me ofendo, señor —responde Acnin de Rouchel—. Es parte de la naturaleza humana desconfiar de las cosas que escapan al discernimiento. Sin embargo, y perdóneme la majadería, debo insistir. Nada de lo que dije es falso.

Griffin advierte que ante esa tozudez el escepticismo de todos empieza a convertirse en franco rechazo.

—¿Dice usted que vio volar brujos de un cerro a otro con abrigos hechos de piel humana? —pregunta alguien masticando las palabras, consciente del ridículo de las preguntas—. ¿Dice que los vio frotarse con aceite humano y usar bolas de cristal? ¿Vio usted cavernas que se abren con palabras mágicas y

mujeres que se convierten en perro, en pájaro o pez? ¿Dice usted que vio a alguno de esos hombres combatir con cueros marinos que devoran a las personas, escapar de mujeres que vuelven locos a quienes las miran, cazar culebras que nacen del huevo de un gallo?

—Exactamente —dice Acnin de Rouchel.

—¿Estaría usted dispuesto a sostener eso ante un grupo de científicos e investigadores que decidieran analizar seriamente lo que dice? —pregunta otra voz.

—Exactamente —dice Acnin de Rouchel.

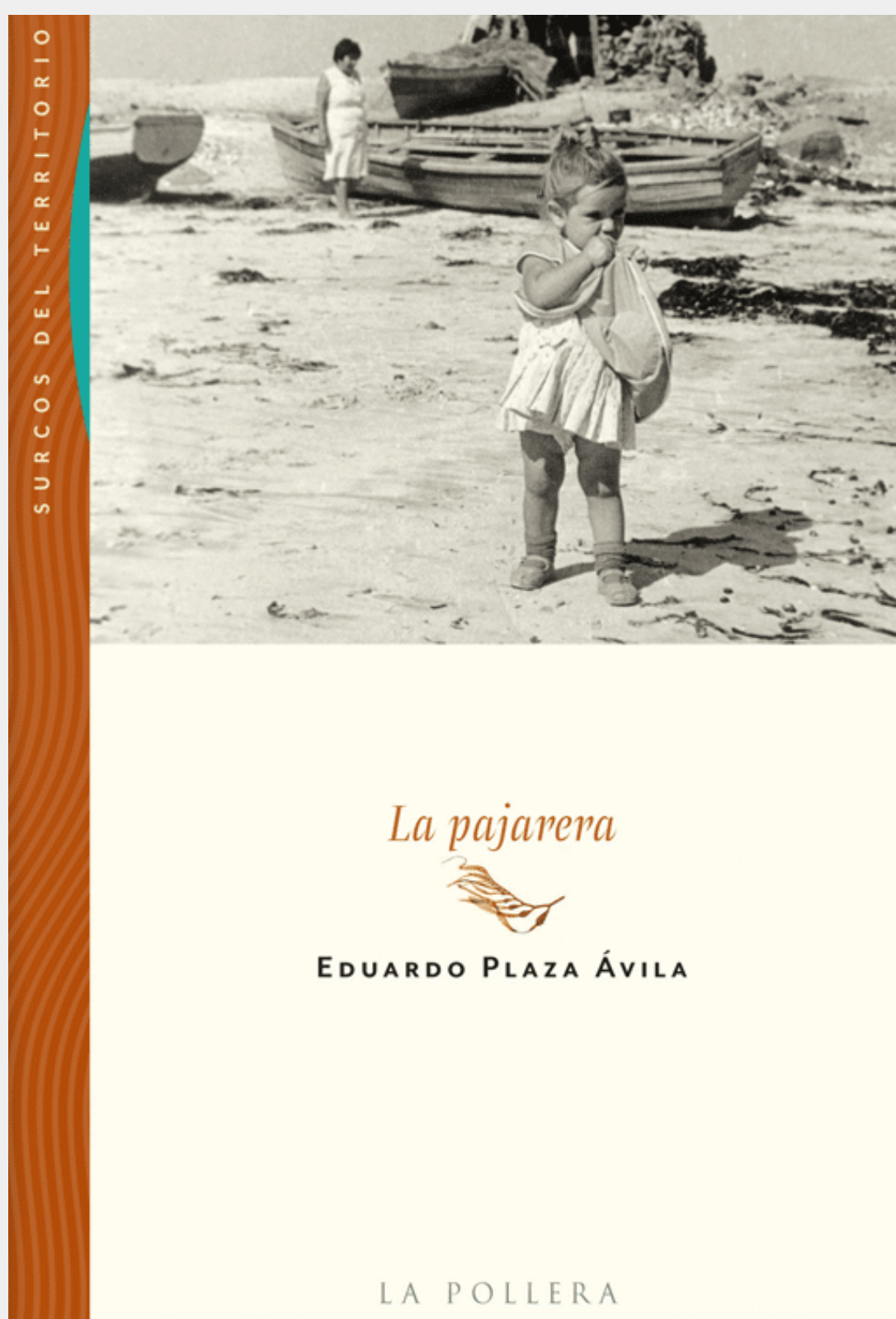
—¿Por qué no ha ido con las autoridades? —insiste una mujer enjoyada hasta el pelo.

Acnin de Rouchel toma una uva, la parte en dos, la observa amorosamente ante sus ojos. Ahora otra vez es El Mayor Mentiroso del Mundo.

—Ya lo hice —responde, teatral—. Fui yo el que los acusó. Fui yo el hombre al que hace algunos años torturaron y casi convirtieron en un desquiciado.

Los demás lanzan una exclamación.

—Fui yo quien huyó de ese archipiélago —continúa—, fui yo quien suplicó a las autoridades que investigaran qué pasaba ahí. Fui yo quien mató a otros hombres con sus propias manos. Fui yo quien comió carne humana, desolló cadáveres y desenterró bebés muertos para seguir con vida. Perdonen mis palabras —agrega haciendo una reverencia—: fui yo a quien le obligaron a comerse su propia verga y sus testículos.



LA PAJARERA

Autoría. Eduardo Plaza

105 páginas

Año 2021

ISBN 978-956-6087-31-1

Trenes, una introducción

Entonces hablemos de Coquimbo.

Dejé Coquimbo hace varios meses. Partí a las cinco de la tarde. Llené el estanque y enfilé hacia Santiago. Puse una radio local para saber por dónde me convenía avanzar. Roberto Dueñas, exfigura de la farándula chilena devenido líder de opinión regional, insultaba a un juez y amenazaba a un fiscal porque no actuaban con mano dura. Era trece de noviembre. Un reportero dijo que había barricadas en la salida sur de Coquimbo. En vez de seguir por la Ruta 5, que estaba cortada, subí por el camino hacia La Cantera y tomé la Ruta 43, que viaja en paralelo a la primera y une Coquimbo con Ovalle, al interior de la región. Desde La Cantera se alcanzaba a ver la Cruz del Tercer Milenio, sobre el cerro El Vigía, uno de los lugares más pobres de la ciudad. Tres semanas antes habían intentado incendiarla. También quemaron y saquearon supermercados, un centro médico y parte del hospital. Fuera de eso, no mucho más. ¿Cómo prenderle fuego a esa mole de noventa metros de concreto?, pensé. No creo que hayan querido derrumbarla, solo era necesario verla arder como un faro anunciando la guerra. Me metí a un camino que une ambas carreteras a la altura de Tongoy. Dejé atrás la barricada y seguí por la Panamericana. Estaba vacía. Después entendería por qué: también había piquetes en Los Vilos y otros llegando a Santiago. Un par de horas más tarde me detuve en un servicentro y revisé las redes sociales en busca de noticias: si Piñera había salido a hablar, si volvería a decretar estado de excepción, si los milicos se estaban acuartelando, si se venía un golpe. Había perdido la señal FM varios kilómetros atrás. Decidí que de allí en adelante guardaría los tickets de peaje por si necesitaba

demostrar que estaba viajando. Me pidieron bailar para cruzar en Los Vilos y lo hice. Y la noche me encontró en un taco interminable a doscientos kilómetros de la capital. Fueron cuatro horas detenido, no lo sé, tal vez cinco. Un canal de noticias tenía su señal online abierta y me quedé sentado, con las ventanas abajo, mirando lo que ocurría en Santiago desde la pantalla de mi celular. De vez en cuando salía a fumar o a mear y miraba la caravana brillante que se hacía pequeña hasta parecer una romería de luciérnagas. Éramos un centenar de sujetos fumando y compartiendo el arcén, y qué importaba, si nada se movía. Las máquinas reposaban y escuchábamos el murmullo de las chupadas de cigarro y el arrastre de pies. Desde la carretera se abría un silencio vasto, negro y tirante. Se alcanzaban a ver unas pocas casas a oscuras. A un lado se adivinaban los cerros. Al contrario se adivinaba el mar.

Pensé en volver. Devolverme al puerto. Llamar a mi madre. Preguntar si podía dormir en su casa. No la había visto durante siete semanas y estábamos a un par de cuadras.

No quiero partir este libro con la trampa de la nostalgia. No quiero partir diciendo: «Cuando éramos chicos, nos gustaba recorrer Coquimbo siguiendo las vías del tren». No quiero decir: «Dejábamos monedas antiguas sobre los rieles y esperábamos a que el tren las aplastara». No quiero decir: «Nos sabíamos de memoria el horario del tren». Tampoco: «Mi abuela me había regalado una bolsa de monedas viejas. No sé por qué lo hizo. Mi abuela me despreciaba. Y yo las aplastaba en el tren». Pero si no explico el contexto, no puedo escribir de Coquimbo. No es un tren de pasajeros: al igual que la mayoría de las vías férreas nortinas, fue diseñada y construida como un brazo de la explotación minera. Chupar, transportar y embarcar. Expoliar. En algún momento hubo un servicio de pasajeros, pero da lo mismo. No es eso lo que quiero contar. El tren partía en El Romeral, una mina de hierro veinte kilómetros al norte de La Serena, y terminaba en Guayacán, el puerto al extremo norte de la boca de la playa La Herradura, en Co-

quimbo, treinta y cinco kilómetros hacia el sur. Antes de eso, en el siglo XIX, ya había otras conexiones que hacían el mismo recorrido y terminaban en el Valle del Elqui. Y antes de esas, otras. O sea: el tren sobre el tren sobre el tren. La reproducción. Cuando éramos chicos, nos gustaba recorrer Coquimbo siguiendo las vías. Y caminando sobre ellas podías hacerte una idea bien clara de gran parte de la ciudad: partíamos en Guayacán, donde todavía está emplazado el puerto de la CAP que embarca las cargas de hierro a quizá dónde, no tengo idea, no era información útil: lo que hacías cuando chico era inventártelo, no averiguar. Salíamos de la playa y cruzábamos hacia la Covico y la Fedeco, dos villas que nacieron al amparo de la misma empresa de ferrocarriles, cuando todavía trabajadores y gerentes hacían esa clase de tratos. Caminando hacia el oriente llegábamos a El Olivar y Las Torres, por entonces el límite de la ciudad. Más allá solo había tierra.

Escribo sobre mi ciudad. Antes de eso lo haré brevemente sobre mi madre.

En esa tierra —bien allá, no en la tierra de acá: en la de allá— el Servicio de Vivienda y Urbanismo construyó la población donde Nora consiguió su casa mediante un subsidio básico. Una vez, como a los dieciséis, escuché a alguien en el colegio decirles despectivamente «pajareras». Supongo que así les llaman. Con mi familia vivimos casi siempre en distintos lugares en El Llano de Coquimbo, un sector tradicional de clase media venido a menos, pero donde conviven a dos cuadras de diferencia familias humildes y casas enormes. Digo «casas» porque nunca supe quién vivía en ellas. Quién sabe si son familias. Quién sabe cómo se llevan. Caminábamos al colegio, teníamos un par de amigos y a veces íbamos a la iglesia. A lo largo de estas crónicas, a veces diré: «Nora hacía esto» o «Nora hacía esto otro». En mi vida con ella no hago tal cosa. Nunca la he llamado por su nombre. Le digo madre o le digo mamá. No quiero reducirla a un rol. Pienso que si tengo el valor de escribirlo, algún día tendré el coraje de pronunciarlo.

A inicio de los noventa la brújula se fue a la mierda. Mi padre quedó cesante. Y el trabajo de Nora era cuidarnos a los seis, mis cinco hermanas y yo. Muy pronto nos quedamos sin techo y tuvimos que irnos a vivir como allegados a una pieza en el hogar de mis abuelos paternos, también en El Llano. Ellos ya habían muerto y a la casa se arrimaban todos los hermanos o hermanas, mis tíos y tías, de tiempo en tiempo, cada vez que hacía falta. Ellos y sus familias. Alguna vez fuimos veinte. Eran tres piezas de concreto y todo lo que pudieras inventar de material ligero. Al menos seguíamos en el barrio. Puede sonar una locura, pero cuando uno es mojón se acostumbra a vivir hacinado, a pesar del dolor y la vergüenza. Yo seguía caminando seis cuadras hasta el colegio. Mis hermanas caminaban otras seis, todos en distintas direcciones. Luego mi padre se largó y Nora tuvo que salir a trabajar. Nos llevó a cuestras durante diez años. Limpió departamentos, tejió guantes de lana, se la cagaron en estafas piramidales. Abrió una cuenta de ahorro para la vivienda. Creo que así se llaman. ¿Debería ponerlo en mayúsculas? ¿Cuenta de Ahorro para la Vivienda? Y hasta allá nos llevaron, donde ya no había ciudad sino tierra. El Serviu nos fue a tirar. La micro no llegaba. Las veredas no estaban asfaltadas. No era parte de nada. ¿Cómo explicar que Coquimbo nos dejó a nosotros antes de que yo decidiera dejar Coquimbo?

La maestranza de la Empresa de Ferrocarriles del Estado estaba cerca de la pajarera. Donde iban a morir los trenes. Pero incluso ese cementerio quedaba más adentro de la ciudad que nuestra población. Luego las vías enfilaban de vuelta hacia el norte por Covico, San Juan y finalmente la costanera. Desde allí llegaban por la playa hasta La Serena y se perdían en dirección a la mina.

Nora encontró trabajo en un supermercado en La Serena. El primer hipermercado. Eso fue el año 99. Tenía turnos de esclavitud: a veces hacía una jornada completa y le pedían que se quedara a hacer inventario. Podías negarte, pero era muy mal visto. Ella no podía darse el lujo de ser mal vista. En esos

días salía de la casa-pajarera a las siete y media de la mañana y volvía a las dos o tres de la madrugada. Yo me despertaba por el ruido de la puerta. Y por el ruido de la escalera. Y por el ruido de la cama. Toda esa casa crujía. Cruje. No dejamos de vivir hacinados: éramos siete en dos piezas de dos por tres. La diferencia es que ahora el gobierno nos había dado una solución habitacional de yeso-cartón. La micro demoró años en llegar a nuestra pobla; mi mamá tenía que caminar varias cuadras para embarcarse frente a la maestranza. Hacía casi el mismo recorrido del tren hasta la carretera, que se desplegaba paralela a las vías, paralelas al mar. Ella iba y volvía, de un lado al otro, igual que los trenes. Cargando y descargando en una rutina interminable. La micro sobre la micro sobre la micro. No debí conjugar en pasado: mi mamá va y vuelve, veintiún años después. Y el tren también.

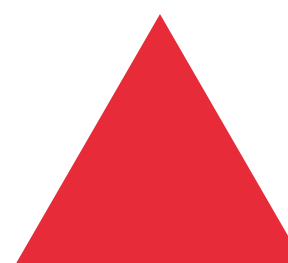
Pienso en la ciudad que Nora tuvo que aprender a mirar desde el margen. El margen del margen, porque Coquimbo en sí misma es la orilla de algo más. Una caleta mirada con indiferencia que hasta fines de los noventa despedía un manifiesto tufo a pescado podrido una o dos veces por semana, por las faenas de la pesquera San José, que luego pasó a llamarse Coloso y más tarde Orizon, probablemente hasta que ocurra otra fusión de empresas que altere la tranquilidad del edificio Angelini, en El Golf. Una bahía de changos en el siglo XVI. Un fondeadero de piratas en el XVIII. Una fundición y un camino al extractivismo en el XIX.

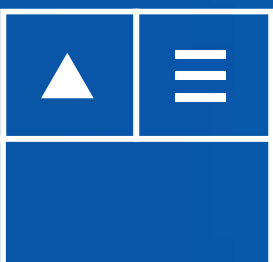
La gente nos dice changos con desprecio. Los serenenses, sobre todo. Chango de la B, complementaban cuando Coquimbo Unido cayó de categoría en el torneo de fútbol nacional. Después ellos descendieron, se quedaron más de una década sin poder volver y estuvieron a un gol de terminar jugando en ese invento de potrero llamado Segunda División Profesional. Luego de eso no lo dijeron más. Al tiempo de que nos apartaron de la ciudad para vivir en la pajarera, el Serviu volvió a estirar los límites



con nuevas soluciones habitacionales de ladrillo y yeso-cartón, siempre hacia el oriente. A ese tierral, más allá de la maestranza, más allá de quebradas secas y basurales informales, detrás de la pajarera de mi madre, le llamaron Punta Mira.

Lo que yo no recordaba era que, en esa nueva orilla, tan lejos del Llano donde crecimos, cerquita de la pajarera, también se pasean los rieles como un testimonio de origen. Me lo dijo Nora anoche, mientras hablábamos por teléfono. Durante años creí que no llegaban tan lejos, que mucho antes volvían hacia el mar, pero no es así: hay una vía de escape, un desvío que transforma el camino en dos. Imaginé el sendero de balasto, serpenteando por el semidesierto, hacia un punto pequeño perdido quizá dónde, en los cerros que separan los valles transversales del Norte Chico. Le pregunté si se sabía de memoria la ruta que siguen los rieles. Además del misterio de Punta Mira, yo no recordaba con exactitud dónde cruzaban la carretera desde la playa y luego volvían a aparecer junto al mar. Me respondió que no estaba segura. Mi madre no es coquimbana, sino serenense. El único vínculo real que tenía con Coquimbo, antes de sus hijos, era mi padre. Sus hermanos viven en La Serena, igual que mis abuelos cuando estaban vivos, igual que toda su familia extendida. ¿Cuánto te mueves por la ciudad?, le pregunté. Ya no mucho, me dijo. Mejor me quedo en la casa. Antes era distinto. Caminaba por Guayacán porque allí quedaba el jardín de la Junji en el que inscribieron a una de mis hermanas. Caminaba hasta el centro porque allí vendía los guantes que tejía. Su ciudad personal se extendía hasta los límites de nuestras necesidades. Con los años solo salía de la pajarera para ir al supermercado.





PUBLISHERS CHILE
FRANKFURTER
BUCHMESSE 2021



CHILEAN
DELEGATION
20-24 OCTOBER

